

De la castración a la alteridad.

¿Por qué evitamos hoy hablar de castración? Nos molesta. Perturba nuestros placeres... Salvo que cuando negamos los límites, lo Real siempre nos alcanza y pone fin a nuestro sentimiento de omnipotencia.

¿Qué es lo Real? Es aquello a lo que nos enfrentamos. En primer lugar, es la pulsión, el discurso parental, el discurso social... Mientras se evita la castración, se crean acontecimientos perturbadores, fracasos repetidos, rivalidades, rechazos, traumas, frustraciones... Es el discurso imaginario que nos trae el paciente. Es la queja del paciente (se siente controlado o autodespreciado). Lo real es también el síntoma (cuando el cuerpo pone los límites). Pero también puede ser un síntoma social, creando un fenómeno contemporáneo.

En resumen, lo real es un gran malestar que cae sobre nosotros...

¿Y por qué? Porque no queremos soltarnos y dejar nuestro impulso insatisfecho. No queremos ceder a las excesivas exigencias de nuestra sociedad para obtener más placer. Como resultado, nuestra resistencia a limitar nuestro disfrute hace que la castración se haya convertido en un concepto tabú. Sin embargo, forma parte del vocabulario psicoanalítico. Fue introducido por Freud, que le atribuyó un importante papel estructural, y retomado ampliamente por Lacan. Es más, la negación de la castración se ha agrupado (por conveniencia) con la perversión. Pero todas las estructuras, más allá de su sistema de defensa, están atravesadas por la negación de la castración.

¿Qué hay de malo en la noción de castración? Creer que está relacionada con la anatomía: ¡la anatomía es el destino! Salvo que el error siempre ha sido creer que al sexo de la mujer le falta algo. Y que el falo (que a menudo se le opondrá) es el órgano masculino. Pero ¡no! A las mujeres no les falta nada. El falo no es ni masculino ni femenino. Igual que Freud confirmó que la pulsión no es ni masculina ni femenina. Es una fantasía... El símbolo de la erección. Es el placer erótico que experimentan los niños (de ambos sexos) cuando descubren la masturbación. El falo, como fantasía, es generado por este placer. Es algo compartido por ambos sexos, que abre el deseo recíproco (heterosexual u homosexual).

De hecho, ¿qué es la castración?

En primer lugar, es la angustia que provoca en el recién nacido, enfrentado a una preocupación materna excesiva, que puede llegar a consumirlo todo. Es la ansiedad de castración materna... Es el miedo al Otro, y la culpa de no responder a su petición. Significa crear síntomas (darle un trozo de tu cuerpo) para mantener la paz.

Pero la castración es también, en el otro extremo del desarrollo de la estructura, esta travesía, cuando el sujeto adolescente (o el sujeto al final del análisis) se desarraiga de su marasmo incestuoso y se extrae de él. Cuanto más parricida es el discurso parental, más abandona los objetos parentales. Cuanto más abandona el espacio

endógeno, más cruza el umbral del espacio exógeno. Y es precisamente aquí donde se encuentra la alteridad (la diferencia) y donde el sujeto entra en su subjetividad.

La alteridad se encuentra en este espacio exógeno: este espacio fálico propio del sujeto, fuera de la esfera de su infancia. ¿Por qué fálico? Este terreno fálico de la alteridad es la excitación descubierta en el momento de la masturbación (al comienzo de la fase fálica). Es precisamente este placer el que impulsa a hombres y mujeres hacia la plenitud, la independencia, la creatividad y el encuentro amoroso. La alteridad es también el momento en que el sujeto asume su pensamiento singular, en plena libertad y sin culpabilidad. Todos estos parámetros pertenecen a lo exógeno, al mundo de la alteridad, y proyectan al sujeto hacia una castración simbólica.

Sabemos que hemos pasado por un pasaje de castración: cuando, tras habernos enfrentado una y otra vez a lo real (que tropieza y se contiene), ¡de repente algo se ha soltado! Algunas sesiones más tarde, el paciente vuelve y describe una situación (generalmente dolorosa) que, extrañamente, sin darse cuenta en ese momento, se ha desarrollado por una vez de manera diferente. Ni él ni el psicoanalista saben realmente qué ha desencadenado este cambio. Lo real ha perdido terreno, laminado por la cuchilla de lo simbólico, y de repente se vuelve fluido. Es entonces cuando se producen los encuentros adecuados, cuando, tras muchos fracasos, se alcanza el éxito, cuando se presentan las oportunidades adecuadas... Todo está ahí para ser aprovechado.

Y esta superación simbólica de la castración concierne tanto a los hombres como a las mujeres. Todo se desarrolla en el mismo terreno fálico. A este terreno (antes reservado a los hombres), las mujeres tienen igual acceso (lo demuestran bien), lo comparten junto a los hombres. Así pues, la castración no concierne únicamente a su sexo. La anatomía ya no tiene el papel (que siempre se le ha atribuido culturalmente) de obstaculizar el futuro de las mujeres. Si las mujeres se liberaran de los prejuicios masculinos, podrían incluso (después de haber fantaseado con el pene cuando eran niñas) ser capaces de aceptar que no tienen pene.

En cuanto a los fenómenos sociales, tenemos la cuestión de la transexualidad. ¡Como si la anatomía planteara realmente un problema! Pero lo que realmente plantea un problema es la identidad sexual, que al final, mientras se niegue (en la adolescencia) a salir de los parámetros endógenos, encuentra dificultades para asignar el género y sigue siendo imprecisa. Esta dificultad, específica de la identidad sexual, ya existía en el siglo pasado. Pero ahora las ideologías la han asumido y puesto de relieve.

Antes, el patriarcado era una forma de negación de la castración: la negación de lo femenino era un síntoma. Hoy, la transexualidad es un síntoma.

De hecho, la castración siempre ha sido un borrón. Pero con el transgénero, su negación sale verdaderamente a la luz. Salvo que seguimos sin entender que la castración es un hecho estructural inevitable. Ahora que es noticia en Occidente y en todo el mundo, ¡es un verdadero malestar!